



los proyectos de union y de liturgia prusiana, la renovacion del antiguo luteranismo, la denuncia de los profesores racionalistas de Halle, el edicto del consistorio de Altenburgo, las memorias de los pietistas de Koenisberg y del Wupperkthal, la discusion de Sintenis de Magdeburgo sobre las imágenes; Brema agitada por las predicaciones de Krummacher y las discusiones de Paniel, la disputa de los candidatos de Hamburgo, el celo de los dos partidos en el palatinado del Rhin, la vida de Jesús de Strauss, la teoría del cristianismo de Feuerbach, la crítica de Bruno Bauer y sus reclamaciones en favor de la libertad teológica provocando la expresion de los votos de todas las facultades teológicas de Prusia, son otros tantos hechos que claramente denotan las excisiones científicas y morales que tienen dividida á la iglesia protestante en Inglaterra y Alemania. «Escribiria en la uña de mi pulgar todo lo que queda de dogma generalmente creído en la iglesia protestante,» dice Nicolás Harms. Deistas, racionalistas, panteistas, supernaturalistas, de todos matices, opuestos en principios de prácticas divergentes, en desacuerdo sobre los dogmas fundamentales del cristianismo, más distintos unos de otros por sus doctrinas que lo son de los católicos, se imaginan ser todos miembros de una sola y misma iglesia, á la que falta el primero y más indispensable fundamento de toda la Iglesia verdadera, un símbolo comun. Porque las nuevas tentativas hechas en Altenburgo y en Hesse, de obligar á los predicadores prusianos á adoptar los libros simbólicos ó lo que es positivo en el cristianismo (y jamás hay acuerdo en este punto), por regla de la instruccion de la juventud y del pueblo, no tuvieron nunca buen éxito, como se acredita con la negativa de todas las facultades de teología, salvo el deanato de Berlin y de Hengstenberg. De esta carencia general de toda fé comun y de esta soberanía del pensamiento individual viene á resultar que en las iglesias protestantes no hay más que un sólo punto esencial y fundamental, y es que todas ellas niegan la doctrina católica. Esto mismo confirman también el símbolo en veinte articulos, redactado hace poco por Hase, y la última

consulta de las facultades de teología de Prusia acerca de Bruno Bauer. «Prefieren, dice á este propósito un protestante imparcial (Daniel), tragarse un elefante ateo que una mosca católica.»

Pero esta division de creencias, que resulta de la ausencia de toda autoridad, y que es el único punto comun á las varias sectas protestantes, está muy léjos de dejar satisfechos todos los talentos: unos se convierten paladinamente al catolicismo, otros se están alimentando á lo ménos en la doctrina católica; y á esto deben atribuirse los sufragios que Brenner y Hœninghaus merecieron de los protestantes, el favor con que son acogidas la publicacion y traduccion de obras católicas como la Imitacion, las Conferencias de Massillon sobre los deberes de los eclesiásticos, los Pensamientos de Pascal, los Sermones de Taulero, etc. De este modo se va generalizando cada vez más la conviccion de la verdad de que la Iglesia ha comprendido siempre el cristianismo de una manera elevada y grandiosa, y que el catolicismo no es tal como lo presentan las inveteradas preocupaciones de sus adversarios.

Ya hemos dicho que en los siglos XVI y XVII se notan pocas huellas de las misiones protestantes. Desde 1714 el colegio de misiones de Copenhague dirige las dinamarquesas y envia operarios evangélicos á la Groenlandia. En una época más reciente se han encargado varias sociedades particulares de propagar el protestantismo entre los paganos: entre ellas la gran sociedad de las misiones de Londres (desde 1795); una sociedad presbiteriana en Escocia (1796), una sociedad neerlandesa (1792); las sociedades de Boston (1810); de Basilea (1816); de Berlin (1823); la de las misiones de la iglesia reformada francesa (1823), y la de las misiones de China (1816). Todas estas sociedades han incurrido en la desgracia de los racionalistas, que, por lo demas, nunca han tenido bastante vitalidad y fé en sí mismas para enviar misioneros que predicaran en lejanos climas su estéril doctrina. Al lado de las sociedades de misiones se fueron fundando sociedades bíblicas, destinadas á propagar la palabra de Dios en todas las lenguas, y que obran de concierto



con las primeras. La sociedad bíblica inglesa y extranjera en Londres (1804) es el centro con el que están enlazadas las ramificaciones extendidas por todos los países protestantes. En ellas se trabaja en el objeto propuesto con gran celo é inmensos medios pecuniarios. Por desgracia, estas traducciones de las santas Escrituras son siempre defectuosas; no se les pone ninguna esplicacion, y los pueblos no están preparados para un alimento tan fuerte. De aquí se siguen graves y frecuentes abusos que muy á menudo paralizan el éxito de las misiones, trabadas además por las divergencias de opiniones entre misioneros de sectas diferentes, divergencias siempre fatales en una obra que, ante todo, exige unidad entre sus ministros.

Los misioneros protestantes trabajan con buen éxito en las islas del mar Pacifico en Taiti (desde 1797), donde las benignas costumbres de los indígenas los predisponen para el cristianismo. En 1817 se estableció en Taiti la primera imprenta. La mayor parte de las islas de la Sociedad y de Sandwich han adoptado el cristianismo metodista. El África, que tiene unos cien millones de infieles, no cuenta todavía más que un corto número de misioneros protestantes. En la Australia hay también muy pocos; y la lucha de los misioneros protestantes y católicos paraliza los resultados que allí podrían esperarse. Á instigacion de las sociedades bíblicas inglesas, el rey de Sandwich ha proscrito á los católicos de sus Estados. La China está siendo teatro de los trabajos del infatigable Gutzlaff, discípulo de Ieniché, fomentados por algunos misioneros, en muy corto número, que han logrado penetrar hasta el Japon. La India, que tiene en Calcuta un obispo anglicano (desde 1815), con dos sufragáneos en Bombay y Madras (desde 1833), debe mucho, bajo el punto de vista de las misiones protestantes, á los lores-obispos Heber (m. en 1826) y Wilson, que suprimió la distincion de castas indianas entre los cristianos. Sin embargo, el cristianismo se va propagando en la India con mucha lentitud y hace pocos prosélitos, á pesar de que se notan entre estos últimos indígenas notables, como el famoso Rammahoun-Roy. Hay también misioneros protestantes en la costa

meridional del África, donde van predicando con buen éxito entre los negros. En fin, en 1839 fundaron los protestantes una iglesia en Argel.

Las misiones protestantes, privadas de un centro de union, divididas y subdivididas en sociedades particulares y destituidas del espíritu de abnegacion que caracteriza al verdadero sacerdote, no tienen nada que se parezca á la grandiosa organizacion de las misiones católicas.

Por esto no son duraderos sus frutos; jamás consiguen, á pesar de su celo, unir á los pueblos convertidos, sugiriéndoles la conciencia y la idea de la grande unidad de la familia humana, sometida á un sólo pastor, en una misma Iglesia.

La polémica entre católicos y protestantes estuvo muy poco animada durante el período que precedió y siguió á la revolucion francesa. La general indiferencia, el deísmo de unos y el ateísmo pronunciado de otros suspendieron las luchas puramente religiosas. El pueblo no comprendía ya, por decirlo así, las diferencias que podían existir entre las creencias; y los hombres instruidos se figuraban que no valía la pena de ocuparse de las instituciones católicas. Si se pensó en atacar á la Iglesia, fué más bien partiendo del punto de vista revolucionario que bajo ningún respecto dogmático ó confesional cualquiera ó quizás fijándose en alguna institucion particular, blanco hacia tiempo del odio de los partidos, como los jesuitas, por ejemplo. El anciano Planck, que habia permanecido casi extraño á las revoluciones de su tiempo, echaba en cara con razon á los protestantes, aun á los más ilustrados, el no dedicarse á estudiar el catolicismo; el no conocer de él mas que verdaderas parodias; el atenerse en esto á mentiras tradicionales, y el no ir hasta el fondo de las cosas, consultando sobre el catolicismo, no sus enemigos, sino sus símbolos, únicas y legítimas fuentes de su doctrina. Lo que Planck y Marheineke vituperaban entonces á sus correligionarios, es todavía una realidad en nuestros dias. Constantemente es desnaturalizado, falseado y alterado el catolicismo en los libros religiosos y catecismos protestantes, entre los que nos contentaremos con



citar el catecismo del sínodo de Duisburgo, publicado en 1843, acerca de las doctrinas que distinguen á los católicos de los protestantes. Así, casi todas las facultades de teología de la Prusia, en sus relaciones con Bruno Bauer, han confundido el catolicismo con el deísmo y el naturalismo; y el profesor Harless, de Erlangen, uno de los corifeos del protestantismo, no ha tenido reparo, en su diario protestante (Julio de 1843), de llamar á la Iglesia católica la prostituta de Babilonia, y pretender que el papismo no se introducía en Taiti mas que por medio del asesinato y el libertinaje. «¡Pidamos al Señor, añade, pidamos al Señor que aniquile con el omnipotente soplo de su boca una institución que de este modo corrompe y pierde las almas!»

La lucha entre protestantes y católicos cesó asimismo, casi generalmente, no sólo durante las guerras del imperio y cuando los pueblos de Alemania se sublevaron contra la dominación francesa, sino también en la época del congreso de Viena, cuando parecía que todas las naciones germánicas tendían á un solo objeto y á no hacer más que un solo pueblo. Sin embargo, la manera con que fueron recibidas en el congreso las reclamaciones hechas en nombre de la Iglesia católica anunciaba ya los conflictos que debían surgir más tarde; y aunque los príncipes católicos y protestantes se reunieron para formar la confederación germánica, y el artículo XVI del pacto federal aseguró á los individuos de ambos cultos la igualdad de derechos, el tiempo probó luego de que suerte se sabía interpretar este artículo respecto de los católicos.

El jubileo de la reforma, celebrado en 1817 con una especie de embriaguez por el protestantismo, fué la señal de una polémica llena de hiel y de odio, dirigida contra el catolicismo desde los púlpitos por predicadores intolerantes y en los escritos de algunos autores ultraprotestantes; polémica que acabó por tomar cierta importancia histórica, fortificando en los católicos el sentimiento de sus derechos políticos, y reanimando su fé y su amor por la Iglesia. La Sajonia, siempre dispuesta á explotar los motivos de querrela entre las dos igle-

sias, no halló otro medio de recrudecer la guerra, que presentar á los católicos como sospechosos bajo el punto de vista de la política.

De las discusiones personales originadas de la diferencia de opiniones religiosas, una de las más vivas é interesantes fué la que el brutal Voss, suscitó á Stolberg, y que provocó de parte del escritor ortodoxo una réplica capaz de acalorar el valor de los católicos más indiferentes. La polémica religiosa, trasladada durante algún espacio de tiempo al terreno de las personalidades por la prensa periódica, que vive más fácilmente del escándalo, y que se aprovechó de algunos hechos particulares y de algunas conversaciones individuales para alimentar la malignidad pública, ávida de esta clase de discusiones, se separó pronto de esta senda, indigna del objeto y poco conforme con las costumbres graves y severas del pueblo alemán, y volvió al dominio exclusivamente científico. De entonces data la polémica literaria sobre la *Simbólica* ó la exposición histórica de las diversas fórmulas y sistemas de fé. Marheineke aseguró que no se había decidido á la publicación de su *Simbólica* más que por «la profunda y lamentable ignorancia, no solamente de los legos protestantes, sino también de ciertos teólogos y canonistas, respecto del catolicismo, y por la manera absurda con que se le desnaturaliza.» Á pesar de esta laudable intención, el mismo Marheineke falseó de un modo muy singular muchos puntos de la doctrina católica. Otro tanto podemos decir de Winer Guerike; Kœlner fué más justo. Después de algunos ensayos insignificantes por parte de los católicos, tomaron éstos victoriosamente posesión del terreno, cuando entró en la lid Mœhler y alcanzó los triunfos que ya dejamos referidos, y que tan decisivos fueron para la ciencia y el desenvolvimiento del catolicismo. Sin embargo, le costó trabajo algunas veces, en la lucha con sus adversarios, «no abandonar el lenguaje tranquilo de la ciencia para hablar el de la pasión indignada.» Pero por otra parte esta circunstancia se explica fácilmente: «Nosotros los protestantes, dicen con mucha ingenuidad los Anales germánicos, crecemos y nos hemos educado en el odio al



»papismo y en una veneración absoluta por Lutero y el luteranismo, de modo que cualquiera que ataque estos dos objetos nos hiera en nuestros más profundos sentimientos, y profana lo que es para nosotros más sagrado. »Aun cuando lleve razón en los detalles, no por esto dejaremos de impugnarlo, porque debemos obrar así.» La destitución de Riffe vino perfectamente á servir de comentario á estas palabras.

Con semejantes disposiciones en ambos partidos, la deplorable catástrofe de Colonia no podía dejar de provocar entre católicos y protestantes una violenta polémica, que desgraciadamente penetró hasta en el seno de las familias para perturbar su vida interior. Mientras se renovaban por un lado contra los católicos las antiguas invectivas y recriminaciones, dirigidas á su Iglesia y á sus instituciones religiosas, echándoles principalmente en cara su intolerancia, los católicos por su parte, rechazando esos ataques mil veces victoriosamente contestados, demostraban que uno de los mayores defectos del protestantismo era precisamente el haber hecho degenerar con mucha frecuencia las discusiones científicas en movimientos revolucionarios, y que, en nuestros mismos días, los católicos y su culto eran rechazados y proscritos como verdaderos criminales en algunos países protestantes, como la Dinamarca y la Suecia.

Al momento que se creyó que el rey de Holanda quería renunciar al afecto de la condesa de Oultremont, fiel á la Iglesia católica, el *Handelsblad*, uno de los principales órganos del país, se olvidó de la tan ponderada tolerancia de los protestantes, hasta el extremo de exclamar con aire de triunfo: «¡El rey se ha vencido á sí mismo! ¡Neerlandeses, regocijaos de un triunfo que tan pocos han alcanzado, aun de esos que llenan el mundo con su fama!»

No recordaremos más que de paso la amarga polémica dirigida contra Mr. Laurent, que debía ser enviado de obispo á Hamburgo; la de los periódicos torys contra la reina Victoria con motivo de algunas concesiones insignificantes hechas á los católicos por la justicia de su cau-

sa; en fin, la de los que se llamaban colegas del presidente Hurter, etc.

Por ambos lados se han dicho y hecho cosas bien duras y amargas. Pero parece que no está distante la reconciliación política. Quiera Dios que se observe igualmente una conducta más digna y moderada en el dominio científico y en las relaciones sociales, aun en medio de la lucha inevitable entre dos principios contrarios.

Aquí ponemos fin al bosquejo que habíamos tratado de presentar, tan fiel como fuera posible, de la historia de la Iglesia católica, en su fundación y en los principales accidentes de su desarrollo, de su propagación y de sus pruebas, en sus sufrimientos y sus victorias, en su inmutable doctrina y en sus luchas con la herejía siempre cambiante. Hemos visto de qué modo fué prefigurada en la antigua alianza, fundada por Jesucristo, fecundada con la sangre de los mártires; oscura al principio y oculta en las catacumbas y cavernas; esplendente luego y triunfante de Roma y de sus ídolos y emperadores; maestra de las hordas bárbaras del Norte; reina y señora de las naciones sometidas al espiritual cetro de los sucesores de San Pedro; protectora de las artes, la ciencia y la verdadera libertad; sin cesar en pugna con el error, la superstición y la incredulidad; siempre inmóvil y victoriosa; vendida por sus propios hijos, y siempre consolada por nuevos adoradores conquistados al Evangelio; perseguida y nunca abatida; atacada por todos los poderes, y siempre más fuerte que todos ellos por la invariabilidad de su doctrina, la unidad de su constitución y la constancia de su fé en las divinas promesas; incomparable con la majestad de sus instituciones, la fecundidad de sus obras y el celo y abnegación de sus ministros; inaccesible á las fluctuaciones de los siglos, cuyas necesidades comprende y satisface; superior á las revoluciones sociales y políticas, que se apaciguan y terminan con su mediación; perpétuamente fiel á la misión que recibió de instruir á los pueblos cristianos, de convertir á las naciones idólatras, y de conducir y guiar á todos los hombres hacia Dios por su fé en Jesucristo.

Todo lo que, desde el origen de los tiempos, fué preparando y prefigurando la obra de la re-



dención prometida, se realizó y cumplió con la fundación de la Iglesia, cuyo centro es Jesucristo, y que, por esta misma razón, ha sido y será siempre el centro de la historia política del mundo. Con la Iglesia empiezan los tiempos nuevos. En la Iglesia cristiana han buscado y encontrado los pueblos la libertad, la paz y el orden. Que las naciones prosperen ó se vean abatidas, la Iglesia no las abandona jamás, porque está en el secreto de sus luchas y de su decadencia, lo mismo que de su regeneración. Mediadora entre el cielo y la tierra, enlaza lo que pasa con lo que es eterno, glorifica á Dios en la humanidad, y va preparando á ésta para su glorificación en Dios por Jesucristo. Marcha constantemente al frente de los pueblos, los llama á la luz del Evangelio, los junta bajo el estandarte de la cruz, y subsistirá hasta el fin, gloriosa, una, santa, apostólica, universal, porque fué creada por la virtud de Dios, porque vive desde el tiempo de los apóstoles en el amor de Dios, y porque con el Espíritu de Dios santifica al mundo.

Hé aquí el porvenir de los pueblos, cuyas precursoras señales se dejan ya ver por todas partes. Después de prolongados y tristes extravíos, volverán, llenos de remordimientos y deseos, sus miradas hácia la cruz victoriosa, buscando y hallando remedio á los males de la sociedad y á las perturbaciones políticas, en la Iglesia de Jesucristo, cuya inefable y maternal ternura

ha curado siempre todas las heridas, y consoló todos los dolores con el bálsamo que deslila la cruz y la divina virtud que contiene la palabra apostólica. Se va acercando el tiempo en que, como en los terribles días de la invasión de los bárbaros, la cruz de Jesucristo volverá á ser la enseña de los combates y la bandera de la paz, y la Iglesia católica la libertadora de todos los pueblos y el gran consuelo del linaje humano. La Inglaterra y la América están viendo á sus hijos extraviados correr en tropel hácia el regazo de la Iglesia madre, y la estrella de la mañana brilla ya sobre los pueblos del Islamismo, cuya misión en la historia parece terminada. Todas las comuniones cristianas se asocian para elevar de consuno las torres de la catedral de Colonia en las que se han de colocar las campanas, cuyos majestuosos y consoladores ecos llamarán al templo del Dios vivo, como antes de la Reforma, á todos los miembros divididos de la gran familia para aunarlos en la fé, y unirlos con la caridad. De este modo va preparándose el día en que, ensalzando con unánime acento al Señor Jesús los católicos, y con ellos los protestantes convertidos ya, exclamarán en la conciencia de sus respectivas faltas aquéllos, y el júbilo de su regreso éstos, después de sus culpables extravíos: ¡Todos pecamos, todos; sólo la Iglesia católica es infalible, sólo la Iglesia católica es santa é inmaculada!

CAPITULO V

Causas de la revolución francesa.—Disturbios de París: toma de la Bastilla.—La Asamblea: motines y matanzas: prision de Luis XVI.—La república bajo la Convención nacional.—El terror, muerte de María Antonieta.—La Francia bajo el directorio.—El consulado.—Guerra de la Independencia española.—Campaña de Rusia.—Los cien días.

El gran trastorno que conmovió la Francia y á toda Europa á fines del siglo XVIII, marca el principio de un nuevo período en la historia moderna. Este trastorno fué el resultado de diversas causas; causas morales: la revolución francesa no ha sido provocada únicamente por la tiranía y por los abusos de un gobierno aristocrático, y no es tampoco una simple aspiración á la libertad. Había, sin duda, abusos inseparables de todas las instituciones humanas, que no existen ménos en el estado de cosas creado por la revolución. La primera causa de la revolución francesa se remonta á la revolución religiosa del siglo XVI, decorada con el bello nombre de reforma. Al destruir el principio de autoridad en materia de religión y reemplazarle por el de la razón individual, los protestantes habían quebrantado los cimientos de la sociedad, que no puede existir sin el respeto á la autoridad; y los que se creían tener derecho para decidir en última instancia los dogmas de la fé, se creían también autorizados para intervenir directamente en los negocios políticos y cambiarles á su placer. La fuerza

vino á ser el único apoyo de la autoridad, y por consecuencia el protestantismo engendró necesariamente el absolutismo y el gobierno de la fuerza bruta. El desprecio á toda autoridad llegó á ser mayor, cuando los filósofos incrédulos, con ataques de todo género, arrojaron el ridículo sobre todas las verdades de la fé y de la moral, y socavaron los cimientos de la sociedad. Negando el origen divino del orden social y su desenvolvimiento histórico, sostenían que la organización de la sociedad era el resultado de un convenio llamado contrato social, y por consiguiente conservaban los hombres el derecho de romper este contrato ó de cambiarle á su antojo. Causas políticas: 1.ª La ruina de la hacienda de Francia, consecuencia de las guerras de Luis XIV, de los despilfarros de la corte de este príncipe, del regente y de Luis XV, así como la mala distribución de los impuestos: 2.ª El descontento provocado por los abusos que la centralización y el gobierno absoluto habían introducido en todos los ramos de la administración: 3.ª La exclusión de la nación de toda participación en